

CUANDO LA ANÉCDOTA ECLIPSA EL CUIDADO

José Ramón Martínez-Riera
Profesor Honorífico Universidad de Alicante

Vivimos en una sociedad donde, con demasiada frecuencia, la relevancia de los hechos parece depender más de su capacidad para emocionar o hacerse virales que de su verdadero significado. Lo llamativo desplaza a lo importante; lo anecdótico ocupa el lugar de lo trascendente. Y esa tendencia, que afecta a muchos ámbitos de la vida pública, también alcanza a la forma en que se informa sobre la salud y sobre quienes trabajan cada día cuidando de las personas.

Hace unos días diversos medios difundían la historia de una enfermera de salud mental que canta a sus pacientes durante algunos momentos de su jornada. La noticia despertó simpatía y emoción. Y no es difícil comprender por qué. Cualquier gesto que contribuya a aliviar el sufrimiento de una persona merece reconocimiento. La música puede convertirse en una valiosa herramienta de comunicación, acompañamiento y bienestar. Nadie debería interpretar estas palabras como una crítica hacia esa profesional, cuya sensibilidad y cercanía resultan dignas de elogio.

Sin embargo, precisamente porque merece reconocimiento, conviene preguntarse qué es exactamente lo que estamos reconociendo.

Si el titular termina transmitiendo que lo extraordinario de esa enfermera consiste en cantar, corremos el riesgo de ocultar aquello que verdaderamente la convierte en una excelente profesional. Porque su aportación no radica en interpretar una canción. Radica en valorar a cada persona, establecer una relación terapéutica basada en la confianza, detectar cambios emocionales, prevenir situaciones de riesgo, favorecer la recuperación, acompañar el sufrimiento, promover la autonomía, trabajar con las familias y coordinar intervenciones con el resto del equipo. Es decir, en ejercer unos cuidados especializados cuya eficacia está respaldada por décadas de investigación científica.

Paradójicamente, todo eso apenas aparece en la noticia.

No es un hecho aislado. Con demasiada frecuencia los medios presentan a las enfermeras a través de gestos llamativos, historias emotivas o iniciativas singulares que generan impacto visual. Son relatos agradables, cercanos e incluso inspiradores. Pero, al mismo tiempo, transmiten una imagen parcial de la profesión. Parecería que el valor de una enfermera reside en aquello que resulta excepcional o curioso, cuando la verdadera excelencia se encuentra, precisamente, en lo cotidiano.

La sociedad necesita conocer que los cuidados profesionales no son un conjunto de buenas intenciones ni una sucesión de gestos amables. Son una disciplina científica que exige formación especializada, capacidad de análisis, juicio clínico, habilidades de comunicación, toma de decisiones complejas y una permanente adaptación a las necesidades de cada persona. En salud mental, esta realidad adquiere una relevancia todavía mayor. La relación terapéutica constituye una de las principales herramientas de intervención y requiere conocimientos específicos que difícilmente pueden resumirse en un vídeo de pocos segundos.

Cuando una noticia reduce el trabajo de una enfermera especialista a una escena entrañable, aunque sea real, acaba desplazando del foco aquello que verdaderamente mejora la vida de las personas. El problema no es que se hable de la canción. El problema aparece cuando la canción termina sustituyendo al cuidado.

Este fenómeno forma parte de una invisibilización mucho más amplia. Durante décadas, la sociedad ha otorgado mayor protagonismo a las tecnologías, las intervenciones espectaculares o los procedimientos más llamativos que a los cuidados que sostienen diariamente la recuperación, la autonomía y la dignidad de millones de personas. Se aplaude lo extraordinario mientras apenas se percibe el inmenso valor de aquello que ocurre cada día, en silencio y sin cámaras.

Quizá resulte más sencillo grabar una canción que explicar en dos minutos cómo una enfermera especializada consigue disminuir el miedo de una persona con un trastorno mental grave, prevenir una crisis, mejorar la adherencia al tratamiento o ayudar a reconstruir un proyecto de vida. Lo primero genera titulares inmediatos; lo segundo exige tiempo, conocimiento y voluntad de explicar qué significa realmente cuidar.

Los medios de comunicación desempeñan un papel decisivo en la construcción de la imagen social de las profesiones. Por ello, no basta con ofrecer historias emocionantes. También tienen la responsabilidad de contextualizarlas y explicar qué hay detrás de esos gestos. De lo contrario, la ciudadanía termina conociendo la anécdota, pero desconociendo el auténtico alcance del trabajo profesional.

Reconocer el valor de los cuidados no significa renunciar a contar historias humanas. Significa contarlas completas. Significa explicar que una canción puede ser un recurso de comunicación, pero nunca el fundamento del cuidado profesional. Significa recordar que el verdadero mérito de esa enfermera no es únicamente que cante bien, sino que sabe cuidar extraordinariamente bien y que, entre las múltiples herramientas de las que dispone, en ocasiones utiliza también la música.

Cuando convertimos la excepción en la noticia y olvidamos la esencia de una profesión, no solo estamos ofreciendo una información incompleta. Estamos contribuyendo, una vez más, a invisibilizar aquello que realmente sostiene la salud de las personas: el valor científico, humano y terapéutico de los cuidados.